

## EVOCACIÓN DE AMBROSIO ROMERO CARRANZA

Por el académico DR. ALBERTO RODRÍGUEZ VARELA

### *Exordio*

La Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas y la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica Argentina me han encomendado que evoque hoy el genio y la figura de Ambrosio Romero Carranza.

Aunque me lo proponga, descarto que no seré imparcial. Estuve estrechamente vinculado a nuestro homenajeado durante los últimos 45 años de su vida, colaborando en libros y revistas que se publicaron bajo el impulso de un entusiasmo que mantuvo hasta el final de sus días.

Ambrosio Romero Carranza tuvo siempre muy en claro la fragilidad y fugacidad de la vida, y la Meta definitiva a la que todos estamos llamados. No es que no haya cometido errores en su vida, como todos los mortales. Sostener tal posición equivaldría a negar la condición humana. Lo que sí puedo afirmar es que nos dio a quienes lo conocimos un ejemplo de persistencia en el cumplimiento de sus obligaciones, con las manos puestas siempre sobre el arado, dispuesto a cumplir los requerimientos de cada jornada, sin malversar el tiempo que Dios le había reservado.

Manuel V. Ordoñez, su amigo de toda la vida, con quien compartió ideales y fatigas, al presentar en 1976 la revista "Rumbo Social", que Romero Carranza fundó y dirigió durante

doce años, recordó que cuando el Mariscal Lyautey quiso plantar cipreses en el Sahara y oyó decir que su crecimiento tardaría dos mil años, manifestó: “*Comencemos enseguida, no perdamos tiempo*”.

Esas palabras sintetizan la filosofía práctica que observó Romero Carranza toda su vida a través de un programa diario de estudio y trabajo que le permitió escribir innumerables artículos en diarios y revistas, publicar 17 libros, y pronunciar incontables conferencias, todo ello sin descuidar sus obligaciones como esposo y padre, funcionario o magistrado de la justicia federal, profesor de varias universidades y miembro activo de entidades religiosas, académicas y científicas. Cada día, como si fuera el primero, pronunciaba su “*nunc coepit*” (ahora empiezo) y se largaba con indeclinable energía a la labor prevista para la jornada.

### *Los comienzos*

Nació en San Fernando el 29 de febrero de 1904 y fue el menor de siete hermanos en una familia marcada por la muerte prematura de su padre, el tucumano Ambrosio Romero López, y el influjo de su madre, Clara Carranza, hija del doctor Eduardo Carranza, profesor de Derecho Civil en la Universidad de Buenos Aires, Hermano Mayor de la Archicofradía del Santísimo Sacramento, y Presidente del Consejo Superior de la Sociedad de San Vicente de Paul que fundó en la Argentina junto a Felipe Lavallol, Felix Frías, Ezequiel Ramos Mejía, Alejo de Nevares, Luis Jacobé, Teodoro Alvarez, Pedro Pereyra, Pedro Rojas, Luis Frías, Mariano Martínez y el Comandante de la Marina francesa, Julio Fouet.

En un trabajo que tituló “El placer de recordar”, publicado en el n° 23 de “Rumbo Social”, recuerda que su fe religiosa creció y se desarrolló por obra de su piadosa madre y de las enseñanzas catequísticas que recibió de Monseñor Miguel de Andrea, entonces Párroco de San Miguel Arcángel, quien lo preparó para recibir por primera vez la Sagrada Eucaristía. Trabó con su catequista una amistad sólida que se prolongó hasta el fallecimiento del inolvidable Obispo de Temnos, quien

honró a la Academia de Ciencias Morales y Políticas ocupando la titularidad de uno de sus siales. A su vida y obra le dedicó varios artículos, publicó un libro ("Itinerario de Monseñor de Andrea") con su biografía y redactó un volumen, por disposición del Congreso de la Nación, en el que compendió lo esencial de su pensamiento cristiano y democrático.

Al ingresar en 1921 a la Universidad de Buenos Aires, con sólo 17 años de edad, se encontró en un ambiente cargado de escepticismo, positivismo y relativismo que conmovió los cimientos de su fe religiosa. Fue entonces cuando tuvo el primer encuentro con otra figura consular del catolicismo argentino, Monseñor Gustavo J. Franceschi. No recordaba los motivos por los que se inscribió en un curso que éste dictaba sobre la vida y el apostolado de San Pablo. Pero sí quedaron grabados en su alma el impacto que en ese momento crucial de su vida ejercieron el profesor y sus enseñanzas.

A partir de ese curso se disiparon las dudas que lo habían embargado en torno a la compatibilidad del catolicismo con una genuina visión intelectual del hombre y el mundo. A través de Monseñor Franceschi que entonces estaba en la madurez de sus cuarenta años, comprendió que sus vacilaciones carecían de sustento y se afirmó para siempre en sus convicciones religiosas. Bajo la influencia de ese ilustre miembro de la Academia Argentina de Letras, accedió a un enfoque de los problemas sociales que se inspiraba en el neotomismo del Cardenal Mercier y en la apologética del Padre Lacordaire y de Carlos de Montalembert.

Después de seguir el curso sobre San Pablo, escuchó las alocuciones dominicales que Franceschi pronunció durante diez años a través de la radio, y asistió a las clases que sobre temas históricos impartía en los Cursos de Cultura Católica, fundados por Atilio Dell'Oro Maini, Tomás D. Casares y Samuel W. Medrano. Además, leyó sus libros, el primero de los cuales, *El espiritualismo en la literatura francesa contemporánea* había recibido elogiosos comentarios de Arturo Capdevila, Osvaldo Loudet, Angel León Pagano, Octavio Amadeo, Rafael Alberto Arrieta, José Oría y de otros críticos de Argentina y el extranjero.

A su juicio, el 11 de octubre de 1934, en la manifestación de hombres convocada por el Congreso Eucarístico, Franceschi quedó consagrado “como el orador más elocuente y eficaz de la República Argentina en este siglo”. Agregaba que el magisterio de tan ilustre sacerdote lo persuadió de que el catolicismo no sólo no estaba reñido con la vida intelectual sino que constituía un marco insuperable para su desarrollo. Señalaba que aprendió de su profesor que la historia de la Iglesia es una fuente insustituible de conocimientos y verdades, moviéndole a estudiarla en profundidad desde sus años juveniles. Llegó incluso al extremo de sostener que su primer libro, titulado *El triunfo del Cristianismo*, “no fue más que el eco de las palabras escuchadas en sus clases”.

Franceschi, quien fue director de la revista “Criterio” desde 1932 hasta su muerte en 1957, publicó en sus páginas los primeros artículos salidos de la pluma de Romero Carranza. Le cedió, además, una sección especial bajo el título Orientación Social cuyas columnas redactó junto a otros integrantes del grupo denominado “Pregoneros Social Católicos”, entre los que figuraban Alfredo Fragueiro, Roberto Molina Gowland, Iván Vila Echagüe y Oscar Puigross. Algunos años después Monseñor Franceschi fundó la Editorial Criterio. Su primera publicación fue el libro de Romero Carranza titulado *Ozanam y sus contemporáneos*.

### *La primeros años*

Nuestro homenajado se había iniciado muy joven como meritorio en la Justicia Federal. En la década del 30 se desempeñó como Defensor de Menores y luego Fiscal del Crimen en San Juan. De retorno en Buenos Aires, fue nombrado Secretario en el Juzgado en lo Criminal y Correccional Federal n° 1.

Durante su actuación judicial en San Juan se vinculó con el historiador Horacio Videla y se incorporó a las Conferencias Vicentinas que fundara su abuelo y que desde 1859 han desarrollado en la Argentina una abnegada y silenciosa labor de servicio de Dios en el prójimo más desvalido, pobre, enfermo o

encarcelado. En Buenos Aires prosiguió su tarea vicentina como miembro de la Conferencia que fundó en la Parroquia de Na. Sra. de las Victorias ese hombre de piedad singular, que seguramente será elevado a los altares, y que se llamó Antonio Solari. A su vida y a su ejemplar celo apostólico, Romero Carranza le dedicó varios trabajos, incluso un capítulo de su último libro *Luz en la Tierra*.

Ingresó también en la Acción Católica fundada por Pío XI, desplegando una fecunda actividad desde el Centro de Hombres de San Nicolás de Bari.

Simultáneamente, prosiguió con su labor de publicista a través de sus primeros libros y de colaboraciones en revistas como "Orientación Social" que los Pregoneros Social Católicos publicaron a partir de 1941, y "Orden Cristiano", fundada y dirigida por Alberto Duhau, que apareció también en 1941 y perduró hasta 1948, profundamente aliadófila y adversa a los totalitarismos fascista y nacionalsocialista.

### *Los años difíciles*

La posición doctrinal de Romero Carranza, no obstante no tener militancia partidaria, adversa a todo totalitarismo y proclive al ideario cristiano y democrático difundido desde comienzos del siglo por don Luigi Sturzo, era pública y notoria. Presumiblemente fue un factor que se computó cuando el régimen imperante, con motivo de una cláusula accesoria de la Constitución de 1949, resolvió revisar la designación de jueces y funcionarios de la Justicia Nacional. Fue dejado cesante, vivió años de pobreza, participó como abogado en la defensa del diario "La Prensa" confiscado a sus legítimos propietarios, fundó la agrupación de jóvenes "Federico Ozanam" cuyos integrantes firman el prólogo de su libro sobre la Democracia Cristiana, e incrementó su actuación como orador en cenáculos que no estaban contagiados por el miedo dominante y que se sentían dispuestos a escuchar su palabra valiente y firme.

En cierta oportunidad se comprometió a pronunciar una conferencia en un salón parroquial. Alguien le advirtió que se apagarían las luces si pronunciaba alguna palabra que el

gobierno pudiera reputar ofensiva. Advertido Monseñor Franceschi de esa amenaza, le hizo saber al orador que concurriría con sus insignias moradas de Prelado de Su Santidad para que nadie se atreviera a dejar el salón a oscuras. Así lo hizo el legendario director de "Criterio" y se sentó en la primera fila junto al Obispo de Temnos, Monseñor de Andrea.

La absurda persecución contra la Iglesia y sus integrantes que se desató a fines de 1954 culminó en junio de 1955 con la arbitraria detención en la cárcel de Villa Devoto de Monseñor de Andrea y más de un centenar de sacerdotes. Al mismo cuadro carcelario fue conducido Monseñor Franceschi. Sin perder su buen humor, el Obispo de Temnos recibió con una sonrisa al director de la revista "Criterio" al tiempo que le decía "¿Por qué te has incomodado, Gustavo, en venir a visitarme?".

Romero Carranza no tardó en seguir los pasos de estos dos prelados que tanta influencia espiritual ejercieran en su vida. Tal vez con Eduardo Ventura contribuimos involuntariamente a su detención. Porque en agosto de 1955, después de salir también nosotros de Villa Devoto, fuimos a visitar a Alfredo L. Palacios, a su casona de la calle Charcas, por sugerencia de Carlos Sánchez Viamonte, con quien estuvimos conversando esa mañana en su departamento de Florida y Paraguay.

Palacios nos recibió con su bonhomía habitual y tuvimos así el privilegio de pasar una tarde inolvidable, contemplando el permanente peregrinaje de amigos y partidarios del viejo líder socialista. En un momento determinado llegó a entrevistarle el periodista Ortiz del diario "Acción de Montevideo". Palacios nos presentó como miembros juveniles de la naciente Democracia Cristiana. Inmediatamente Ortiz nos solicitó una entrevista con alguno de sus dirigentes. Con la cálida adhesión de Sánchez Viamonte le sugerimos que se dirigiera en el acto a la casa de Romero Carranza y le suministramos su dirección. Así lo hizo y publicó algunos días después un extenso reportaje en el diario "Acción". Recuerdo que caminando por la calle Florida observé que algún canillita más o menos clandestino vendía a viva voz ese periódico y anunciaba el reportaje a uno de los fundadores del Partido Demócrata Cristiano. Algunos días después el entrevistado ingresaba en la cárcel de Villa Devoto.

En un artículo publicado en “Rumbo Social” expresó que su intento de entrevistar a Miguel de Andrea y Gustavo J. Franceschi para llevarles abrigo y remedios había resultado fallido. Pero al poco tiempo, cuando no tenía ningún interés en penetrar en ese recinto carcelario, debió hacerlo junto a otros católicos detenidos en el mes de septiembre. Agrega que cuando se dirigían al Instituto de Detención el vehículo fue interceptado por manifestantes que proferían gritos diciendo: “¡Aquí llevan a católicos, vamos a lincharlos!”. Algunos ladrones que viajaban en el mismo celular se alarmaron y comenzaron también a gritar expresando: “No somos católicos, somos chorros”. Ante esta respuesta inesperada los activistas permitieron que el vehículo continuara su viaje a la cárcel. Como colofón, al finalizar su remembranza, Romero Carranza escribe con ironía: “¡Más valía en aquella época ser chorro que católico”.

### *Una formidable trilogía*

El 28 de febrero de 1994, cuando cumplió 90 años, recordé en un artículo publicado en “La Prensa” la formidable trilogía que en esos años de tribulación integró junto a Manuel V. Ordóñez y Manuel Río. Ellos ejercieron un influjo perdurable en numerosos jóvenes de aquellos años que seguíamos con indeclinable interés sus inolvidables lecciones. Las impartían no sólo con su palabra, siempre elocuente, sino también con el ejemplo de sus vidas rectilíneas. Porque los tres observaban escrupulosamente el sabio consejo de Séneca: “Vive con los hombres como si Dios te viese”.

Cuando tuve el privilegio de presentar en este recinto el libro *Vida y testimonio de Felix Frías*, expresé que me resultaba difícil recordar mi primer contacto con Ambrosio Romero Carranza, en 1954, sin referirme también a Ordóñez y Río, con quienes compartía ideales, esperanzas y también adversidades. Dije al evocarlos en 1995 -y quiero reiterarlo ahora- que por muchos motivos se encuentran estrechamente unidos en mis recuerdos. Los tres se incorporaron, en tiempos diversos, a las dos Academias que auspician este homenaje. En sus vidas

paralelas, conectadas a través de innumerables vasos comunicantes, escribieron obras memorables, pronunciaron conferencias ante los más diversos auditorios, repudiaron el totalitarismo en todas sus versiones, reivindicaron el pensamiento de Mayo, condenaron la tiranía de Rosas, enaltecieron a los hombres que forjaron la organización nacional, y fueron los genuinos continuadores de una línea de pensamiento que reconoce como figuras consulares a Facundo de Zuviría, José Benjamín Gorostiaga, Felix Frías, Luis Vélez, Felipe Lavallol, Nicolás Avellaneda, Pedro Goyena, José Manuel Estrada, Tristán Achával Rodríguez, Alejo de Nevares, Emilio Lamarca, Bernardo de Irigoyen, Miguel Navarro Viola, Manuel Demetrio Pizarro, Ernesto Padilla, Juan M. Garro, Indalecio Gómez, Santiago O'Farrell, Arturo Bas y Juan Cafferata.

### *La influencia de Ozanam*

En lo que se refiere a la filiación doctrinal de Romero Carranza, debo decir que, a mi juicio, dos autores fueron los que mayor influencia ejercieron en su pensamiento.

Mencionaré, en primer término, a Federico Ozanam, a quien comenzó a leer en la década del treinta, por sugerencia de Horacio Videla. Fascinado por la vida y obra del fundador de las Conferencias de San Vicente de Paul, le dedicó numerosos artículos y conferencias, así como una excelente biografía que publicó en 1951 bajo el título *Ozanam y sus contemporáneos*. Tuvo varias ediciones argentinas y fue traducida al francés, al italiano y al inglés. Es un libro que conmovió profundamente a Alfredo L. Palacios, presidente del jurado que integró con Luciano Molinas, Benjamín Villegas Basavilbaso y Enrique Martínez Paz, y que en 1956 -por el mérito de este libro- propuso a Romero Carranza para la titularidad de la Cátedra de Derecho Político de la Universidad de Buenos Aires.

Esta obra pone en evidencia el influjo que Ozanam ejerció sobre el autor de su biografía, inspirándole las frecuentes reflexiones que sobre cristianismo y democracia volcó en libros, folletos y artículos. Esta obra permite captar también la



incidencia que sobre él ejercieron algunos contemporáneos de Ozanam, como el Padre Lacordaire, con sus célebres conferencias pronunciadas desde el púlpito de Notre Dame de París, y el Conde Carlos de Montalembert, que no vaciló en afrontar un juicio ante la Cámara de los Pares por defender la libertad de enseñanza.

La figura de Ozanam se yergue, empero, como dominante en la vida y en la obra de Romero Carranza. Ello es visible si observamos su compromiso con la actividad desarrollada en la Argentina por las Conferencias de San Vicente de Paul, en su vocación por la Historia y en su preocupación por difundir la doctrina social de la Iglesia expuesta a través del magisterio de los papas, desde León XIII hasta Juan Pablo II. En las páginas de *Ozanam y sus contemporáneos* emerge el biografiado como precursor de la serie de encíclicas que se inician con la “*Rerum Novarum*”, sobre todo a partir de las lecciones que dictó desde su cátedra de Derecho Comercial en Lyon. Desde este estrado Ozanam sostuvo que las reglas económicas y la moral cristiana no pueden estar divorciadas, defendió la libertad de asociación, clamó por la sanción de ordenamientos que impidan la esclavitud del proletariado, rechazó la revolución violenta y la demagogia, así como los excesos del capitalismo y los errores del socialismo. Criticó por igual las extralimitaciones de patrones y obreros que no se ajustaran a la moral y se ocupó del salario justo. Rechazó cualquier intervención dictatorial que se arroge la atribución de fijar precios, tarifas y costos, y condenó toda visión absoluta de la libertad que pretenda emanciparla de la moral. “Las reglamentaciones estatales -afirmaba Ozanam con la adhesión de su biógrafo- son contrarias al desarrollo de las industrias y atentatorias a la vida del comercio, que es la libertad”. Auspició una intervención moderada (subsidiaria la llamará Pío XI) del Estado, y la cooperación entre el capital y el trabajo. Ozanam rechazó así tanto el individualismo egoísta y explotador como el colectivismo que aplasta al hombre. Para él - y sin lugar a dudas para Romero Carranza- la justicia social es la justicia legal de Santo Tomás de Aquino, que marca lo que los hombres deben aportar a la comunidad para el bien común. Se adelantó así ocho años a las propuestas de Monseñor Guillermo

Keteler, uno de los precursores -según Alcides de Gasperi- de la *Rerum Novarum*. Y su ideario fue actualizado y expuesto por Romero Carranza más de cien años después en numerosas publicaciones, incluso en su último libro *Luz en la Tierra*, publicado en mayo de 1997, cuando ya su autor había cumplido noventa y tres años. La fascinación que Ozanam ejerció sobre su espíritu nunca se eclipsó. Basta leer el capítulo VI en el que define a ese hombre ejemplar, a quien Juan Pablo II beatificó en 1998, como “el apóstol laico más grande del siglo XIX”. La admiración y emulación que suscitó en su vida la ejemplaridad de esa colosal figura de la Francia de Luis Felipe y la IIa. República se proyectó incluso al plano familiar. Porque Ozanam tuvo en Amelia Soulacroix, hija del Director de la Academia de Lyon, una mujer ejemplar que lo asistió en su vida breve y fecunda. También Ambrosio Romero Carranza tuvo en Cristina Carranza Vélez una esposa admirable que lo acompañó durante más de sesenta años y a quien dedicó su mejor libro con estas palabras que todo lo dicen:”. *“A quien es para mí lo que Amelia Soulacroix fue para Federico Ozanam”*

### *La influencia de Maritain*

El segundo autor que ejerció una influencia decisiva en el pensamiento de Romero Carranza fue Jacques Maritain. Él mismo lo reconoció en varios trabajos que publicó en “Rumbo Social” y en una conferencia que pronunció en esta Academia de Derecho con motivo del fallecimiento del gran filósofo tomista. Le consideraba “el apóstol laico más grande del siglo XX”. Sostenía que había dejado su marca a lo largo de la centuria, desde sus albores hasta su muerte, a los noventa y un años, el 28 de abril de 1973. Afirmaba, además, que ese influjo lo había ejercido “con el ejemplo de su vida, con el testimonio de su fe y mediante la irradiación de su palabra oral y escrita”.

Puedo agregar que también la esposa de Maritain, la fina escritora Raissa Oumancoff, contribuyó a esa fascinación a través de su extraordinario libro *Las grandes amistades*, en el que relata la conversión de ambos al catolicismo, bajo el influjo de Leon Bloy, y el encuentro que con la misma Fe tuvieron

Charles Peguy y el nieto de Renán, Ernesto Psicharí. En sus capítulos apasionantes describe el magisterio de Henri Bergson, quien finalmente llegó también al umbral de la Fe, y que con su filosofía espiritualista, expuesta en sus clases del Collège de France, sacudió el positivismo y el materialismo dominantes en la Sorbona, donde estudiaban Jacques y Raissa Maritain.

En la formación intelectual de Romero Carranza tuvo marcada incidencia el tránsito de Maritain desde Bergson hasta Santo Tomás de Aquino, bajo la tutoría intelectual del Padre Humberto Clerissac. Ya bajo el influjo de la Fe y con el concurso de su poderosa inteligencia, Maritain escribió 55 libros, casi todos traducidos al castellano y en buen número editados entre nosotros por Club de Lectores, de Ricardo Fontenla. A todos ellos se refirió Romero Carranza en los artículos que escribió sobre Maritain en ocasión de su fallecimiento y al conmemorarse el centenario de su nacimiento.

Además, conoció y escuchó a Maritain con motivo del viaje que hizo a la Argentina en 1936. En los Cursos de Cultura Católica el ilustre visitante fue presentado por su Director, Tomás D. Casares, quien habló de sus méritos y de la proyección de su personalidad, entregándole el diploma que lo acreditaba como Profesor Honorario. Sus clases magistrales fueron recogidas en el volumen titulado *Para una filosofía de la persona humana*, publicado también por Club de Lectores.

Simultáneamente, al tiempo que llegaba Maritain a la Argentina, comenzó a acentuarse la discordia entre los católicos por discrepancias en torno a la aplicación de los principios morales al ámbito de la política. La polémica se incrementó en el curso de la segunda guerra mundial. Algunos consideraban que las únicas alternativas viables eran el fascismo o el comunismo. Maritain rechazó con énfasis ese falso dilema en su libro *Primacía de lo espiritual* (1930). Con anterioridad, en otra obra anterior titulada *Una opinión sobre Maurras* (1926), ya había anticipado claramente su posición.

Fernando Martínez Paz ha señalado que Maritain distinguía dos clases de nacionalismos: 1°) el que cree en el mandato prescripto por la ley natural de amar al bien de su patria más que a nuestros intereses privados, y 2°) el que lleva el principio de nacionalidad a lo absoluto, identificando

nacionalismo con racismo, y que conduce al el culto fanático de la nación considerada superior a la ley moral y religiosa.

Maritain -y tras su huella Ambrosio Romero Carranza- adhirió al primero, que identificamos mejor como *patriotismo*. Acorde con esa convicción el filósofo francés tuvo una posición pública muy firme al producirse la primera guerra mundial. No se incorporó al ejército, como sus amigos Charles Peguy y Ernesto Psicharí, muertos en ese duro conflicto bélico, porque fue declarado no apto para el servicio militar. Pero puso su inteligencia al servicio de su patriotismo pronunciando una serie de conferencias acerca de Alemania, y acusando al prusianismo como responsable de la guerra.

Al alcanzar el poder el fascismo en Italia (1922) y el nacionalsocialismo en Alemania (1933), Maritain adoptó una posición muy firme ante el totalitarismo y sus aliados. Cuando estalló la segunda guerra, se encontraba en Canadá dando clases, por lo que permaneció en Estados Unidos, como profesor en Princeton y Columbia, adhiriendo a los ideales de Francia libre y escribiendo contra el paganismo nazi-fascista.

Estas opciones fueron acompañadas en la Argentina por Ambrosio Romero Carranza y otras figuras de su generación, al tiempo que se acentuaba la discrepancia con los partidarios del Eje. No es extraño que en esos años se haya intentado incluso, vanamente, que Pío XI condenara a Maritain por su libro *Humanismo Integral*. El Papa, que condenó a los totalitarismo del siglo XX en tres encíclicas memorables (*Non abbiamo bisogno*, *Mit brennender sorge* y *Divini Redemptoris*), leyó el libro y en lugar de proscribirlo le escribió a Maritain exhortándolo a que continuara su labor de publicista. A pesar de que Maritain fue Embajador de Francia ante la Santa Sede, y de que gozó de la amistad de Pío XII y de su Secretario de Estado, el Cardenal Montini, futuro Paulo VI, las impugnaciones a su ortodoxia no cesaron, sobre todo en Chile y la Argentina. Todo ello contribuyó a una división profunda entre los católicos argentinos que sólo comenzó a superarse a partir del Concilio Vaticano II y del público reconocimiento que se hizo al gran filósofo tomista cuando fue elegido para que recibiera el mensaje que ese cuerpo canónico dirigió a los intelectuales. Estos gestos y el libro *El campesino del Garona*, en el que

rechazó el progresismo desacralizado post conciliar, contribuyeron a que muchos críticos de Maritain se reconciliaran con un hombre que -como lo sostuvieron su esposa Raissa y, entre nosotros, el Padre Julio Heilbron- había mantenido siempre un pensamiento eclesial, es decir, de rigurosa fidelidad a la Fe que de modo irreversible abrazó en su juventud.

Maritain se encuentra en el trasfondo de toda la obra de Romero Carranza. Nuestro homenajeado lo puso de manifiesto cuando hizo la reseña en esta Academia de los libros de Maritain que tuvieron mayor circulación en la Argentina. En esa oportunidad, recién fallecido el filósofo tomista, recordó en primer lugar a *Principios de una política humanista*, subrayando especialmente el capítulo en el que se hace la radiografía y la condena del maquiavelismo. Se refirió también al titulado *A través del desastre*, en el que se exponen las líneas de una política humanista que se encuentra en las antípodas de Maquiavelo, Hitler, Lenin y Mussolini. Reseñó, seguidamente, el libro *Cristianismo y Democracia* y señaló que “la mística totalitaria que conduce a los errores del fascismo, del nazismo y del comunismo ateo, va unida a la promesa de un futuro mundo paradisiaco en la tierra.” Observa que esa visión sólo puede ser superada cabalmente por la concepción cristiana del hombre y el mundo, que se traduce en el ámbito temporal -siguiendo a Maritain- en una democracia de inspiración cristiana. Porque -como se expresa en la obra que comentamos- “tratar de reducir la democracia a una tecnocracia, expulsando de ella la inspiración del Evangelio, junto con toda la Fe en las realidades supramateriales, supramatemáticas y suprasensoriales, sería intentar privarla de su sangre misma. La democracia -añadía Maritain con el aplauso de Romero Carranza- sólo puede subsistir con la inspiración del Evangelio. Sólo en virtud de esa inspiración la democracia puede superar sus pruebas y tentaciones más horrendas. Sólo en virtud de la inspiración del Evangelio puede la democracia desarrollar progresivamente su importante tarea de racionalización de la vida política”.

En la conferencia que estamos reseñando, titulada *Maritain y el Derecho Político*, publicada por la Academia de Derecho en el número 14 de sus Anales, Romero Carranza hizo

particular referencia a dos libros que ya hemos mencionado (*Humanismo Integral* y *Primacía de lo Espiritual*), y que tanta polémica suscitaban entre los admiradores y los detractores de Maritain. Finalmente destacó la significación que también tuvieron en nuestro medio obras como *Los Derechos del hombre y la ley natural*, *El hombre y el estado*, *La persona humana y el bien común*, *El Doctor Angélico* y *Filosofía de la Historia*.

Razones de tiempo me impiden comentar las reflexiones expuestas por Romero Carranza frente a estos clásicos maritainianos. Sólo diré que en la parte final de su disertación formuló apreciaciones que confirman la magnitud del influjo que el filósofo francés ejerció sobre su vida intelectual. “A él -dijo el orador- se le puede atribuir lo que Nicolás Avellaneda dijo de Fray Mamerto Esquiú: *Quien lo vio y oyó no lo pudo olvidar*. La Humanidad -agrega- que vio y oyó a Maritain no lo olvidará, y nosotros, los que tuvimos la dicha de haberlo visto con nuestros propios ojos y escuchado con nuestros propios oídos, tenemos la obligación de difundir sus ideas”.

Se sintió, hasta el final, deudor de Maritain. En 1997, cumplidos los 93 años, y poco después de publicar su último libro *Luz en la Tierra*, nos propuso a Eduardo Ventura y a mí que escribiéramos con él una biografía de Maritain. Aceptamos. Pero el Señor tenía otros planes. Comenzaron a faltarle las fuerzas que había desplegado durante su larga vida. Y un día en el que le recordé su propuesta, me hizo un gesto como diciendo: *ahora debo ocuparme de otro asunto*. En definitiva, del único que da sentido a nuestro breve tránsito por este mundo.

### *La vocación por la Historia Argentina*

Para Ambrosio Romero Carranza la Historia Argentina se entrelazaba con la de su propia familia. Era tataranieta del General Juan José Viamonte, bisnieta del Gobernador de Tucumán General Javier López, sobrino bisnieta (por los Aráoz) de Juan Bautista Alberdi y bisnieta político de Dalmacio Vélez Sarsfield.

Las tradiciones argentinas formaban parte de su herencia cultural. Sus blasones, sin embargo, no constituían para él un

privilegio sino que redoblaban su compromiso de servir a la Patria con todas sus energías.

Actuaba, a veces, frente a los hechos del pasado, con reacciones propias de un contemporáneo. Detestaba a Rosas y a su régimen, y admiraba a figuras que en su época estuvieron a veces enfrentadas pero que se encontraban unidas en el común credo republicano.

Se incorporó a la Academia de Derecho, el 12 de septiembre de 1968, con un discurso en el que exaltó la memoria del titular de su sillón, Bartolomé Mitre. Afirmó que su grandeza se mide incluso por la de sus adversarios: Urquiza, Alberdi, Sarmiento, Alsina, Avellaneda. Y destacó, entre otros aspectos sobresalientes de la actuación de Mitre, dos puntos esenciales: la consolidación definitiva de nuestra unión nacional y la instalación, por él efectuada en 1863, de la Corte Suprema de Justicia de la Nación. Volvió a referirse a la obra del vencedor de Pavón en la sesión pública del 26 de agosto de 1971, en una disertación titulada "Mitre y el gobierno impersonal de la ley".

Poco después, el 17 de mayo de 1972, pronunció una conferencia en el Colegio de Abogados sobre "Formación y vigencia del pensamiento jurídico-político de Juan Bautista Alberdi", demostrando que la exaltación de ambos próceres -Mitre y Alberdi-, más allá de los disensos que en vida los separaron- es posible en tanto no se adopten criterios exegeticos sectarios.

En su conferencia sobre el autor de las *Bases* explicó las turbulencias en que estuvieron envueltos en los años fundacionales de la Patria los parientes de Alberdi: Bernabé Aráoz, Javier López y Diego Aráoz. En el transcurso de cinco años (desde 1819 hasta 1824), Tucumán cambió ocho veces sus gobernadores. Recordó que a juicio de Paul Groussac esos Aráoz y López, que lucharon con tanta saña, le hacían recordar a los capuletos y montescos de la tragedia de Shakespeare. La Julieta tucumana fue precisamente Lucía Aráoz, la bisabuela de Ambrosio, y el triste papel de Romeo lo desempeñó su esposo, el General Javier López, fusilado finalmente por los Aráoz.

Estos horrores -agrega más adelante- no impidieron que Alberdi -huérfano muy niño de padre y madre-, educado bajo el

influjo de su hermana Tránsito y de su prima hermana Lucía Aráoz, se mantuviera fiel a las convicciones religiosas recibidas en su hogar. “Vituperar la propia religión -le dirá en 1858 a Urquiza- me ha parecido siempre tan bajo como azotar a la propia madre”. En la misma conferencia recordó el lazo de sangre que enorgullecía a Alberdi porque lo vinculaba a través de los Aráoz con San Ignacio de Loyola, de cuyo hermano descendían el prócer y el conferenciante.

### *El Seminario de Historia*

El cauce principal a través del cual desarrolló su inclinación por la historia argentina fue el Seminario que fundó en 1954 con Manuel Río, Manuel V. Ordóñez, Juan Isidro Quesada, Iván Vila Echagüe, César García Belsunce y Estanislao del Campo Wilson, entre otros, bajo el patrocinio de Monseñor Miguel de Andrea.

A finales de ese año fui invitado por Eduardo Ventura a participar de sus reuniones. En esos días Manuel Río ultimaba la redacción de su *Programa para un Estudio de la Historia Argentina*. Fue un libro breve, de contenido denso, que marcó orientaciones decisivas para la labor del Seminario. Lo he releído muchas veces, encontrando siempre en sus páginas nuevas sugerencias para la interpretación de nuestra historia.

Bajo el impulso y la dirección de Ambrosio Romero Carranza, el Seminario organizó ciclos de conferencias e inició una serie de publicaciones. Aparecieron de esa forma, bajo su dirección, libros como *Gobernantes de Mayo*, *Las Ideas Políticas de Mayo*, *Controversias Políticas del Ochenta* y *El Congreso de Tucumán*. Tuvo la habilidad de convocar a un amplio espectro de colaboradores que participaron como coautores. Pero él fue el inspirador y a quien se debe que esos libros hayan sido publicados.

También a iniciativa suya y bajo su dirección se publicó la *Historia Política y Constitucional de la Argentina*, en tres volúmenes y 2100 páginas, y el *Manual* que la sintetiza y que tanta difusión ha tenido en medios universitarios.



A estos libros debemos sumar los dos que dedicó a Felix Frías -el último editado por la Academia de Derecho con motivo de su nonagésimo cumpleaños- ambos escritos con la colaboración de Juan Isidro Quesada.

Finalmente, están los innumerables artículos sobre temas históricos que publicó en diarios y revistas, particularmente en la revista "Rumbo Social" que -como dije antes- fundó y dirigió a lo largo de doce años (1976-1988).

### *Conclusión*

Señoras y Señores: el tiempo transcurrido me obliga a abreviar. Observo, sin embargo, que me han quedado en el tintero libros muy significativos escritos por Romero Carranza, como *El Triunfo del Cristianismo*, *Itinerario de Monseñor de Andrea*, *Qué es la Democracia Cristiana*, *El Derecho de Resistencia a la Opresión*, los dos volúmenes de su *Historia del Derecho Político*, *Enrique Shaw y sus circunstancias*, *El terrorismo en la Historia Universal y Argentina* e innumerables trabajos teológicos, filosóficos, históricos y jurídicos.

Tampoco me he referido a su actuación como Presidente de la Corporación de Abogados Católicos y, en especial, al impresionante congreso católico de abogados que sesionó bajo su presidencia en mayo de 1980, con participación de más de mil graduados.

Finalmente, reconozco que no he dicho nada sobre su desempeño en el Poder Judicial de la Nación, desde su reincorporación en 1955 como Juez de la Cámara Federal de la Capital. Sólo comentaré que ejerció esa magistratura durante diecinueve años, hasta 1974, cuando nuevamente se vio obligado a retirarse, cumplidos ya los 70 años. Como juez tuvo siempre presente la admonición de Josafat: "Tened cuidado con lo que hagáis, puesto que no es en nombre de los hombres que juzgáis, sino en nombre de Yahvé, el cual está con vosotros cuando pronunciais una sentencia" "Tened cuidado -repite- porque Yahvé nuestro Dios no consiente fraudes, ni acepción de personas, ni aceptación de presente alguno". Durante casi cinco décadas Ambrosio Romero Carranza observó rigurosamente la

recomendación de Josafat. Ojalá pudiéramos decir lo mismo de todos los jueces de nuestro tiempo.

En el ocaso de su vida, vislumbró el final con la serenidad de los justos, confiado en la intercesión de Nuestra Señora, la venerada Theotokos del Concilio de Efeso, a quien le dedicó el n° 18 de la revista "Rumbo Social. Marchó hacia el encuentro con el Señor recordando, seguramente, lo que había escrito en el trabajo que tituló "El hijo del Hombre" y que publicó en el n° 27 de la misma revista:

*"la unión de lo divino con lo humano se produce en un nuevo horizonte en el que no existen crepúsculos sino tan solo amaneceres. Y hacia allí vamos con un canto en el corazón y una esperanza en el alma, por cuanto constituye una meta iluminada por diáfana luz que no se extingue..."*

*A partir del Cristianismo, la muerte dejó de ser un final temido para convertirse en una puerta abierta al Infinito, a lo absoluto, a la Eternidad... HACIA ALLÍ VAMOS ATRAÍDOS POR EL PODEROSO IMÁN DEL AMOR DE DIOS".*

Señoras y Señores:

Ambrosio Romero Carranza finalizó su tránsito por este mundo el 15 de enero de 1999, cuando sus amigos nos preparábamos para celebrar sus 95 años. Algunos, porque estábamos lejos de Buenos Aires, no pudimos tener con él una última conversación de despedida. Confiamos, sin embargo, en el reencuentro definitivo y eterno.